

eran muy frecuentes los abortos procurados de intento, especialmente por las mujeres primerizas, porque creían que el primer hijo era de ordinario débil y enfermizo. Esto lo hacían sin embozo alguno, pues el uso ó el ejemplo llegan muchas veces á sofocar los sentimientos de la naturaleza, señaladamente entre las naciones bárbaras.

En la California no estuvo en uso aquella extravagancia comun á muchos pueblos bárbaros de ambos continentes, de acostarse el marido en vez de su mujer cuando esta paría.<sup>1</sup> Lo que sí sucedía con frecuencia era, que no llevando aquellas mujeres la cuenta del tiempo de su preñez, solía llegarles el término de ella cuando se hallaban en el bosque recogiendo fruta, y pariendo allí, volvían inmediatamente á su residencia ordinaria á ponerse en reposo.

Como no tenían lienzos con que cubrir á sus hijos, les barnizaban los tiernos cuerpecillos con carbon molido y orina fresca, para defenderlos de algun modo de la intemperie del aire. Y no era este el único uso que hacían de la orina, pues las mujeres se lavaban, y aun se lavan con ella la cara, imitando en parte el ejemplo de los antiguos celtíberos.<sup>2</sup>

Hacia los 31° se halló pocos años ha otro modo mas extravagante de defender á los niños del aire. Hacían en la arena un hoyo proporcionado y le calentaban encendiendo fuego dentro de él; le sacan después el fuego, y cuando se ha entibiado el calor, sepultan al niño hasta el cuello. Los misioneros se han empeñado en extirpar este uso, peligroso por tantos motivos.

Son varios los modos con que las mujeres traen á sus hijos. Las pericúes los traen á cuestas en una batea ovalada, semejante á la que les sirve para limpiar las semillas comestibles, pero mas profunda, á fin de que el niño pueda estar en ella con mas comodidad. En el resto de la California usan para esto las madres de una red que pendiente de la frente llevan sobre la espalda; y para que los tiernos miembros de los niños no se lastimen con los hilos de la red, ponen en ellas yerbas, ó pieles de liebre ó de conejo. En algunas partes acostumbran traer la red pendiente de un baston, que con la mano sostienen sobre un hombro,<sup>3</sup> y cuando quieren dar de mamar al

<sup>1</sup> Diódoro Siculo hablando en el libro 5 de un pueblo de la Europa, ya culta entonces, dice: *Mulieris exixae nulla in puerperio cura geritur, sed maritus ejus velut aeger et corpus male affectum habens, puerperae vice per certos dies decumbit.* En la Historia española de la California se asegura que este uso es comun en aquella península; pero esto es falso.

<sup>2</sup> *Urina totum corpus perluunt, adeoque dentes etiam fricant.* Diod. Sic. lib. 5.

<sup>3</sup> En la Historia española de la California, se atribuye á todas las mujeres de aquella península la costumbre de llevar á sus hijos en la red pendiente del baston; pero no era así, pues esto solo se usaba en algunos lugares.

niño clavan en el suelo el baston, dejando colgadas en él la red y la criatura. Cuando este es un poco grande, le lleva la madre en brazos, y cuando tiene ya dos ó tres años le lleva á la espalda teniéndole ella los piés, asiéndose él del pelo de esta. No es raro ver que una madre lleve juntamente con su ajuar un hijo á la espalda, otro en la red y otro mas grande de la mano.

Cuando los niños llegaban á cierta edad, les agujeraban las orejas y el cartilago de la nariz para ponerles pendientes, lo cual se hacia en un gran baile á que asistía toda la parentela, á fin de que el ruido impidiese que se oyera el llanto causado por el dolor de la operacion.

#### § XXIV.

##### RELIGION Y DOGMAS.

En cuanto á la religion, artículo esencial en la historia, poco es lo que podemos decir, porque casi no la habia entre los californios. No tenían templos, altares, simulacros, sacerdotes ni sacrificios, y por tanto no se halló entre ellos ningun vestigio de idolatría, ó de culto externo á la Divinidad. Tenían sin embargo alguna idea de un Ser Supremo, creador del mundo, pero tan oscura y confusa como en otros pueblos bárbaros, y desfigurada con mil despropósitos, necedades y puerilidades. De sus dogmas y de su supersticion diremos aquí lo que después de diligentes pesquisas han referido algunos graves y doctos misioneros.

Los pericúes decían que en el cielo habitaba un gran señor, llamado en aquella lengua *Niparaja*; que este habia hecho el cielo, la tierra y el mar, y que podia hacer todo cuanto quisiese. Este señor, añadian, tiene una mujer llamada *Anajicojondi*, y aunque no ha usado de ella por carecer de cuerpo, sin embargo, tiene en ella tres hijos. Uno de estos, llamado *Cuajap*, fué engendrado por *Anajicojondi* en los montes de *Acaragui*, fué verdadero hombre y vivió mucho tiempo entre nuestros mayores para doctrinarlos. Fué poderoso y tuvo mucha gente bajo su mando, porque siempre que quería entraba debajo de la tierra, y de allí sacaba hombres; mas estos ingratos, despreciando tantos beneficios que de él habian recibido, se conjuraron contra él y le mataron, y al darle la muerte le atravesaron la cabeza con un ruedo de espinas. Así explicaban aquellos bárbaros su creencia.

Añadian que en el cielo, el cual está mas poblado que la tierra, hubo en otro tiempo una guerra espantosa, porque un gran personaje de aquel país llamado por unos *Tuparán* y por otros *Bac*, se conjuró con todos los suyos contra el supremo *Niparaja*; pero este, habiendo quedado vencedor en la guerra, después de haberle quitado á *Tuparán* las pitahayas y todas las otras frutas deliciosas que tenia, le arrojó del cielo con todos sus

secuaces, le aprisionó en una cueva próxima al mar, y crió las ballenas para que le hiciesen guardia y no le dejasen salir de allí. Decían tambien que *Niparaja* no queria la guerra, y por lo contrario la apetecia *Tuparán*; por este motivo los que morían flechados no iban al cielo, sino á la cueva de *Tuparán*.<sup>1</sup> De estas doctrinas nacieron en el país de los pericúes dos sectas ó facciones opuestas, tanto en sus opiniones como en sus costumbres. Los sectarios de *Niparaja* eran por lo general graves, circunspectos y dóciles á la razon, y así no fué difícil á los misioneros persuadirlos de las verdades evangélicas, prevaleiéndose de sus falsos dogmas. Los que seguían á *Tuparán* eran embusteros, falsos, inquietos y obstinados en sus errores. Estos decían que las estrellas, las cuales en su concepto eran de metal, habian sido creadas por un númen llamado *Purutahui* y la luna por otro llamado *Cucunumic*.

Los guaicuras, que como hemos dicho, están divididos en varias ramas de diferentes dialectos, decían que hacia el Norte habia un espíritu principal llamado *Guamongo*, el cual mandaba á la tierra las enfermedades, y que antiguamente habia enviado á ella otro espíritu llamado *Gujiaqui*, con el fin de que la visitase en su nombre; que en su viaje por aquella península anduvo sembrando pitahayas y disponiendo los lugares de la pesca hasta una grande peña que hay en la costa oriental junto á un puerto llamado después *Puerto escondido*, en donde se encerró por algun tiempo: que era servido por otros espíritus inferiores, los cuales le llevaban diariamente buenas pitahayas y peces para que comiese, mientras se ocupaba en hacer con los cabellos que sus devotos le presentaban, las capas, de que después hablaremos, para los doctores ó charlatanes de la California; que de allí salió á continuar la visita de la península, y concluida volvió al país setentrional de donde habia venido. Afirmaban tambien los doctores guaicuras que el sol, la luna y los otros astros aparentemente mas grandes, eran hombres y mujeres, los cuales todos los dias al ponerse caían en el mar y salían de él al dia siguiente á nado, y que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltas á encender después de ser apagadas en la agua del mar.<sup>2</sup>

Los cochimíes decían que en el cielo habitaba un gran señor, cuyo nombre en aquella lengua significa *el que vive*; que este, sin concurso de ninguna mujer, tenia un hijo con dos nombres, uno de los cuales significa *el veloz* y el otro *la perfec-*

<sup>1</sup> Este dogma de los pericúes era diametralmente opuesto al de los mejicanos, del que hemos hecho mencion en el libro 6.º de la Historia de Méjico, pues estos decían que los que morían en la guerra iban á la casa del sol.

<sup>2</sup> Los guaicuras, careciendo de voz propia para significar el cielo, se valían de la voz *notú*, que significa arriba ó en lo alto.

*cion ó término del barro*, y que además habia otro personaje llamado *el que hace señores*. A todos estos tres daban el título de señor; pero preguntados cuántos señores habia, respondían que uno solo, el cual crió el cielo, la tierra, las plantas, los animales, el hombre y la mujer. Decían tambien que habiendo criado el que vive ciertos seres invisibles, se conjuraron estos contra él y se declararon enemigos de los hombres, y que estos espíritus, á quienes llamaban *mentirosos y engañadores*, cogían á los hombres cuando morían y los metían debajo de la tierra para que no viesen al Señor que vive.

Los cochimíes, que habitan mas allá de los 36°, hacían mencion de un hombre que en el tiempo antiguo vino del cielo á beneficiar á los hombres, y por esto le llamaban *Tamá ambei ucambi tevivichi*, esto es, el hombre venido del cielo; pero no sabían decir qué beneficios habia hecho á los hombres, ni le daban ningun culto. Es verdad que celebraban una fiesta llamada *del hombre venido del cielo*; pero esta, lejos de contener algun acto religioso, se reducía toda á gozar de los placeres comiendo y bailando. Algunos dias antes de la fiesta se les encargaba estrechamente á las mujeres que solicitasen por todas partes las cosas que servían de manjares, para regalar, como ellos decían, á aquel númen que debia venir á visitarlos, y toda esta provision se guardaba en un emparrado construido con este fin. Llegado el dia señalado para la fiesta, escogían un jóven que debia representar el personaje de aquel númen, y le vestían secretamente de pieles después de haberle pintado con varios colores para que no fuese conocido. Este se escondía en algun monte cercano al emparrado, en el cual entraban los hombres á esperarle, quedándose lejos las mujeres y los niños, aunque á vista del emparrado y del monte. El jóven disfrazado, cuando llegaba la hora de dejarse ver, aparecía en la cima del monte y desde allí descendía corriendo velocísimamente hasta el emparrado, en el cual era recibido con mucho júbilo. Allí comían alegremente á costa de las pobres mujeres, que no sabiendo el secreto, quedaban firmemente persuadidas de que era cierto lo que fingían sus embusteros maridos. Acabada la comida se volvía por el mismo camino y desaparecía el pretendido númen.

De un engaño semejante y con el mismo fin se valían los cochimíes en el aniversario de sus muertos. Fingían que estos residían en los países setentrionales, y venían cada año á hacerles una visita. Conviniéndose los hombres en el dia de la tal visita, obligaban á las mujeres aun amenazándolas con enfermedades, á que buscasen en el bosque y en el campo una gran cantidad de víveres para regalar á los difuntos. El dia señalado para el aniversario, los hombres reunidos en un emparrado comían toda aquella provision, mientras las mujeres y los niños, distantes de aquel lugar, lloraban abundantemente la muerte de sus parien-

tes, para cuya comida se habían fatigado tanto. Los hombres cuidaban tanto de que aquel misterio estuviese oculto a las mujeres, que un joven por haberle revelado a su madre, fué muerto inmediatamente por su mismo padre.

No puede dejar de causar admiración el hallar en los dogmas de los barbaros californios tantas señales, aunque desfiguradas, de las verdades cristianas. Podría sospecharse que fueron instruidos en ellas por algunos cristianos, porque en los cincuenta años que precedieron a la entrada de los jesuitas en la península, abordaron a ella muchas embarcaciones de Méjico y de otras partes; pero ninguno permaneció allí el tiempo necesario para aprender alguna de aquellas difíciles lenguas, y los mismos californios, preguntados acerca del origen de su doctrina, afirmaban constantemente que la habían recibido de sus antepasados. Además, si algún cristiano les hubiera enseñado los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, seguramente no hubiera dejado de instruirlos en la solemnidad del bautismo; pero de esto no se halló ni vestigio ni noticia alguna en toda la península. Yo como historiador me limito a referir los hechos ciertos, dejando a otros la libertad de formar conjeturas.

### § XXV.

#### GUAMAS Ó CHARLATANES Y SU AUTORIDAD.

Los principales propagadores de estas doctrinas eran ciertos charlatanes que entre los pericúes tenían, según su secta, el nombre de *Niparaja* ó el de *Tuparán*; entre los guaicuras el de *Dicuinocho* y entre los cochimies el de *Guama*, que nosotros les daremos. Estos hacían de doctores enseñando los dogmas a los niños; de médicos aplicando remedios a los enfermos, y de adivinos fingiéndose inspirados del cielo y confidentes de los espíritus. Algunos los han honrado con el nombre de sacerdotes, otros los han infamado con el de brujos, pero ciertamente no eran ni uno ni otro. No sacerdotes porque no hay sacerdocio donde no hay culto de la Divinidad ni ejercicio alguno de religión; no brujos porque en virtud de los informes dados por los misioneros mas hábiles, se sabe que no tenían comercio alguno con el demonio, aunque por su propio interés fingían tenerle. Sin embargo, eran muy embusteros y malvados, y opusieron grande resistencia a la introducción del Evangelio.

Estos guamas ó charlatanes escogían entre los niños aquellos que les parecían mas astutos ó idóneos para tal oficio, y llevándolos a los lugares mas recónditos de los bosques, los iban adestrando en sus misterios, y especialmente en hacer en ciertas tablitas algunas figuras misteriosas, que fingían ser copias de las que, según decían, les había dejado al retirarse el espíritu visitador. Estas tablitas eran los libros en que fingían leer la

naturaleza de las enfermedades, los remedios á ellas convenientes, las futuras mutaciones del aire y aun el destino de los hombres. Cuidaban tanto del secreto de tales instrucciones y le recomendaban tanto a sus discipulos, que los misioneros no pudieron saberle hasta pasados algunos años.

Cuando se enfermaba algún californio era llamado luego el guama, el cual para curarle se valía de emplastos de yerbas ó de unciones de algún zumo, y si el enfermo tenía alguna hija ó hermana, hacía a esta una incisión en el dedo pequeño y la obligaba a echar sobre el cuerpo del enfermo las gotas de su sangre; pero el remedio mas comun y que ponderaban como mas eficaz, eran los zabumerios de tabaco hechos con una caña aplicada al miembro enfermo. Usaban tambien de esta caña para extraer, según decían, con el alimento el mal del cuerpo, y si este medio no producía buen efecto, procuraban extraerle por fuerza con las manos, metiendo los dedos en la boca del enfermo. El remedio de la caña se aplicaba tambien, a petición del enfermo, por todos sus parientes, los cuales eran convocados por el guama. Cuando estos desesperaban de la salud del enfermo se colocaban junto a él y prorumpían en llanto y alaridos, y si le veían adormecido le daban golpes en la cabeza para despertarle y restituirle a la vida.

Si el enfermo, después de ser de esta suerte auxiliado por los huamas y por sus parientes, llegaba por fin a morir, era mayor el llanto y mas grandes las exclamaciones, principalmente entre las mujeres guaicuras, las cuales acostumbraban golpearse furiosamente la cabeza. Fué necesario que los misioneros aplicasen una vigilancia particular para impedir aquellas barbaras demostraciones de dolor, que las indias no dejaron de usar tan presto ni aun después de bautizadas.

Luego que moría el enfermo se procedía sin ningún aparato al funeral, el cual se hacía indiférentemente según les era mas cómodo, ó sepultando el cadáver ó quemándolo, sin esperar a asegurarse de que estuviese verdaderamente muerto. Un barbaro a quien iban a quemar vivo fué libertado por el padre Salvatierra, el cual oyendo el rumor que hacían aquellos gentiles en un funeral y acercándose a él, observó en el pretendido cadáver algunas señales de vida, por cuyo motivo le sacó del fuego en que ya comenzaba a arder, y consiguió restablecerle y sanarle, vituperando a aquellos barbaros su inhumanidad. Solían honrar la memoria de algunos difuntos colocando en la extremidad de una alta garrocha su figura groseramente formada de ramas, junto a la cual se ponía un guama a predicar sus alabanzas.

Los guamas para darse a respetar y temer se valían de promesas y amenazas. Prometían muchos bienes y grande felicidad a los que les tributaban la mejor fruta y lo mas escogido de la caza y de la pesca, y al contrario, amenazaban con en-

## LIBRO SEGUNDO.

Tentativas hechas por el conquistador Cortés y por otros muchos para descubrir la California. Empeño de los reyes católicos en que se estableciesen allí algunas colonias. Entrada de los jesuitas en aquella península. Trabajos, necesidades y contradicciones que sufrieron los misioneros. Fundacion de seis misiones hasta el año de 1711. Ordenes estrechas de Felipe V en favor de las misiones. Viajes, empresas y muerte del padre Kino.

Como los californios habían permanecido por el espacio de tantos siglos encerrados en su miserable península, privados de toda comunicación externa y sepultados en la mas espantosa barbarie, no tuvieron noticia de los otros pueblos de la tierra, ni estos la tuvieron de aquellos hasta el siglo diez y seis en que la sed del oro, que llevó a los europeos a otros países del Nuevo Mundo, los impelió tambien a la California.

### § I.

#### TENTATIVAS DEL CONQUISTADOR CORTES PARA DESCUBRIR LA CALIFORNIA.

Fernando Cortés, aquel conquistador tan emprendedor y atrevido que ni se cansaba con las fatigas ni se desalentaba por las dificultades, los peligros ó los contratiempos, no contento con las conquistas que había hecho, aunque grandes y superiores a sus esperanzas, después de haber sojuzgado el vasto imperio de Méjico y apoderándose del ameno y feliz reino de Michoacan puso sus miras en el descubrimiento de otros países, esperando hallar y conquistar otro Méjico, para extender todavía mas los dominios de su soberano y aumentar su propia gloria y su grandeza.<sup>1</sup>

Con este fin, después de otras inútiles y dispendiosas tentativas hechas en el mar Pacifico, construyó en 1534 y aprestó dos navios en Tecuantepec, puerto del mismo mar, y los despachó con las órdenes de Diego Becerra de Mendoza, su pariente, y de Fernando de Grijalva. Ambos zarparon juntos; pero desde la primera noche en que se separaron, no volvieron a verse jamas. Grijalva habiendo navegado algunos meses, volvió a Acapulco, sin haber sacado de su expedición mas fruto que el descubrimiento de una isla desierta. Becerra fué mas desgraciado, porque el piloto del navío, que era un vizcaino llamado Ordoño Jimenez, no pudiendo tolerarle su dureza y demasiada altivez, le mató dormido, hirió a

<sup>1</sup> Cortés en carta de 15 de octubre de 1524 le dice al emperador Carlos V que esperaba descubrir países muy ricos y grandes, y aun mayores que todos cuantos hasta entonces habían sido conocidos por los españoles.

femredades y otras desgracias a los que omitían aquel homenaje ó no sabían darles gusto. En las fiestas públicas á que concurrían mas tribus de una nacion, se presentaban los guamas en traje de ceremonia, el cual consistía en una gran capa que les cubría desde la cabeza hasta los piés, y hecha toda de cabellos que recibían de sus discipulos y de sus enfermos, pues sanasen ó muriesen estos, el médico siempre se pagaba con sus cabellos. Además de la capa, llevaban en la cabeza un penacho de plumas de gavilán y en las manos un abanico de lo mismo. Los guamas pericúes solían llevar en vez de penacho una corona hecha de colas de ciervo, y los cochimies llevaban además dos hilos de pesuñas de ciervo en la cintura.

A ellos les tocaba dar principio á la fiesta fumando tabaco en una caña de piedra llamada *chacuaco* por los españoles de aquel país. Luego que el guama tenía algo perturbada la cabeza con el humo, comenzaba, á manera de hombre inspirado, su predicación sobre los dogmas, con visajes y gestos extravagantes y acciones descompuestas. De la exposición de su doctrina pasaba al panegirico de sus parciales, esto es, de aquellos que eran mas liberales para con él, y á dirigir invectivas contra los que no habían procurado llevarle la mejor fruta; y no contento con vituperales a estos sus defectos, les imponía penitencias, de las cuales era la mas comun la del ayuno, amenazándolos con grandes desgracias si no las cumplían. A estas penas solían sujetarse no solamente los particulares, sino hasta tribus enteras. No pocas veces en castigo de semejantes pecados se les obligaba a abrir algún camino en el monte, para que pudiese descender con mas comodidad el espíritu visitador, y a formar en él á ciertas distancias algunos montones de piedras en que descansase. Tal vez mandaba a alguno que se precipitase de la cima de una montaña, y era sin falta obedecido ó de grado ó por fuerza; tanta era la autoridad de estos impostores sobre aquellos barbaros.

Entre sus instrucciones supersticiosas enseñaban que no debía matarse un leon, porque el leon muerto haría morir al que le mataba; que el que mataba a un ciervo no debía probar su carne, porque si la probaba no podría después matar otro; que los jóvenes que aun no tenían hijos, si querían tenerlos debían comer carne de liebre; que la suegra no debía mirar a la nuera, porque sin otro motivo se enfermaría de los ojos. Tales eran las instrucciones de aquellos impostores, y tal cual hemos expuesto era el estado de aquella miserable península antes que fuesen predicadas en ella la sublime doctrina y la santa ley de Jesucristo.



otros que podían vengarle y ayudado de sus partidarios se apoderó del navío. Después para evitar el castigo merecido, habiendo desembarcado en la costa de la Nueva España á dos religiosos franciscanos y á los heridos, á quienes no les quitó la vida por la mediación de los mismos religiosos, huyó, y dirigiéndose hácia el Noroeste abordó á un puerto de la California que fué llamado *el Seno de la Cruz*. El fué el primer europeo que saltó en tierra en aquella península; pero en ella pagó sus maldades, pues junto con otros veinte españoles perdió la vida á manos de los bárbaros. Los que escaparon la vida en el navío levaron anclas, y atravesando el golfo, llegaron á Chiametla, puerto de la Nueva Vizcaya, trayendo noticias, aunque falsas, de que la tierra que habian descubierto era buena y bien poblada. El navío fué saqueado por el malvado Nuño de Guzman, que entonces hacia de conquistador de aquellos países, y era enemigo declarado de los conquistadores de Méjico, especialmente de Cortés.

Este, á pesar del éxito desgraciado de aquella y otras expediciones, aprestó otros tres navíos en Tecuantepec y de allí los despachó á Chiametla, á donde marchó él mismo, no queriendo confiar á otro aquella empresa, llevando consigo muchos soldados para conquistar nuevos países, algunas familias para poblarlos y varios religiosos para plantar el cristianismo. Habiendo hecho reparar allí el navío saqueado anteriormente por su rival Guzman, se embarcó con la mayor parte de la gente, y atravesando el golfo de la California, que entonces comenzó á llamarse *Mar de Cortés*, llegó el día 1º de mayo de 1536 al mismo puerto en donde fué muerto Jimenez con los otros españoles. Luego que abordó allí volvió tres navíos para que condujesen la gente y víveres que habia dejado en Chiametla; pero cuando ya volvian cargados fueron dispersados por una furiosa borrasca y solo uno pudo llegar, aunque sin provisiones, al puerto de la Cruz. Por este motivo Cortés se embarcó de nuevo para ir á buscar los otros navíos, y después de haber corrido cincuenta leguas, los halló detenidos en seco; hízolos sacar de allí, y habiéndolos reparado, volvió con ellos al puerto de la Cruz, en donde algunas personas habian ya muerto de hambre, y después que llegaron los víveres murieron otras de hartura, á pesar de las precauciones tomadas por aquel prudente general. Contristado este con tantas desgracias, volvió á salir á reconocer otros países de la península, dejando en aquel fatal puerto la mayor parte de la gente á las órdenes del capitán Francisco de Ulloa. Entonces fué cuando descubrió junto al cabo de San Lúcas un puerto que llamó *California*, cuyo nombre se hizo después extensivo á toda la península.

En este tiempo se habian esparcido en Méjico rumores de la muerte de Cortés, por la cual se temia que los mejicanos se sublevaran. Por este motivo y porque le pedia auxilio Pizarro, con-

quistador del Perú, que se hallaba necesitado de gente y armas, fué llamado por el virey, por la audiencia de Méjico y por su esposa la marquesa del Valle, que le escribieron cartas muy urgentes. No disgustó á Cortés el tener este pretexto decoroso para abandonar sin mengua de su honor una empresa en que habia gastado infructuosamente doscientos mil pesos. Volvió pues á Acapulco á principios de 1537 para pasar á Méjico, y no tardó mucho en seguirle el capitán Ulloa con toda la gente que habia quedado en la California, la que no podia absolutamente subsistir allí por falta de víveres.

Mas Cortés, no desalentándose con tantas desgracias ni embarazándose con las muchas y graves ocupaciones que entonces tenia en Méjico, volvió á despachar en mayo del mismo año otros tres navíos á las órdenes de Ulloa. Este consumió un año en el viaje, observó toda la costa del golfo de California, y costeó de uno y otro lado toda la península, hasta que por falta de provisiones se vió obligado á regresar á la Nueva España. Esta navegacion hizo conocer claramente que la California era una verdadera península, y así se representó en las cartas geográficas de aquel siglo; aunque en los tiempos posteriores estuvieron los geógrafos imbuidos, no sé por qué, en el error de tenerla por isla.

No hizo ya Cortés nuevas tentativas, porque habiéndose suscitado graves disgustos entre él y el virey, que queria restringirle el uso de la autoridad y gracias que le habia concedido el soberano en premio de sus relevantes servicios, tuvo que volver á España, en donde después de algunos años de molestas é infructuosas pretensiones y de no merecidos desaires, murió en 1547.

## § II.

### TENTATIVAS QUE HIZO EL VIREY ESTIMULADO POR CIERTAS RELACIONES.

Cuando Ulloa hacia por orden de Cortés el descubrimiento de la California, apareció en Méjico el famoso Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca con sus tres compañeros, que habiendo naufragado en 1527 en la costa de la Florida, después de una larga y rara peregrinacion de diez años entre naciones bárbaras y desconocidas, llegaron á Culiacan, y de allí á Méjico en 1537. Estos, entre las muchas cosas curiosas que contaban de los países por donde habian andado, decian que en el golfo de California habia abundancia de perlas. Al mismo tiempo un religioso fidedigno que habia hecho un viaje dilatado por los países setentrio-

1 He visto entre otras cartas una delineada en 1541 por Domingo del Castillo, en la cual se representa la California unida al continente de la América, y está bien situada la embocadura del rio Colorado. Esta carta se imprimió en Méjico en 1770 y tengo de ella una copia.

nales, hallándose de vuelta en Méjico, contó (más bien por lo que le habian dicho que por lo que por sí mismo habia visto) que en aquellos países habia ciudades muy grandes y reinos muy ricos.

El virey, movido por estas relaciones y deseo de superar en la gloria de las conquistas á Cortés, á quien pertenecia la superintendencia del mar Pacífico, segun el convenio hecho con el rey católico, hizo salir en 1538 dos armadas, una por tierra á las órdenes de Francisco Velazquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, y otra por mar encomendada á Francisco de Alarcon, familiar suyo, con orden de unirse en algun puerto del Pacífico á los 36°; pero ni las armadas se reunieron jamás ni hicieron cosa digna de memoria. Alarcon tuvo con los bárbaros una conferencia curiosa que puede verse en la relacion que escribió él mismo, y publicó después Ramucio. Coronado con mas de mil hombres escogidos se encaminó por Culiacan, Sinaloa y Sonora á los países de *Cibola* y *Tiguex*, y algunos de la division se internaron hasta *Quivira*, poblacion situada, segun ellos dijeron, á los 40°; pero no habiendo visto ni esta gran ciudad ni las riquezas que se decian, se vieron obligados por las intolerables fatigas y molestias de aquel larguísimo viaje, á volver á Méjico sin haber sacado ningun fruto.

En el entretanto Pedro de Alvarado, gobernador opulentísimo de Guatemala, antes compañero y amigo de Cortés en la conquista de Méjico y después émulo de su gloria, queriendo hacer tambien descubrimientos en aquel mar, habia equipado á mucha costa una gran flota compuesta de doce navíos y otros buques menores, y con ella habia venido al puerto de la Purificacion en la Nueva Galicia. En esta ocasion se le presentó al virey la de atraerle á su partido, como queria, comprometiéndose los dos á sostenerse mutuamente; pero con la desgraciada muerte del gobernador, acaecida en 1541, se dispersó la flota y se redujo á humo toda aquella grande empresa. El virey, no desalentado por esto, despachó en 1542 dos de aquellos navíos al mando de Juan Rodriguez Cabrillo, portugués honrado, valiente y práctico en la marina, ordenándole que observase la costa occidental de la California, y de allí continuase su navegacion hasta hallar por aquel rumbo el término del continente de la América. Habiendo salido Cabrillo del puerto de la Navidad en la Nueva Galicia, pasó al de la Magdalena en la California, y después de hacer reconocido varios puertos y cabos, vió á los 40° algunos montes cubiertos de nieve, y mas adelante descubrió un cabo que llamó *Mendocino* en honor del virey don Antonio de Mendoza. En enero de 1543 llegó al cabo de la Fortuna, y finalmente, en marzo subió hasta los 44° de latitud, en donde todos experimentaron mucho frio. Este fué el término de aquella navegacion, porque no

hallándose los navíos en estado de continuarla y comenzando á faltarles las provisiones, se vieron precisados á volver al puerto de la Navidad, de donde habian salido diez meses antes.

## § III.

### EXPEDICIONES ORDENADAS POR LOS REYES FELIPE II Y FELIPE III.

Ningunas tentativas sobre la California se hicieron en los cincuenta años siguientes; pero en este intervalo Francisco Drake, célebre corsario inglés, abordó á la parte setentrional de la península y le puso el nombre de *Nueva Albion*, que retuvo por algun tiempo en las cartas geográficas. Las hostilidades que este atrevido corsario hizo en las poco pobladas é indefensas costas del mar Pacífico, movieron á Felipe II á dar orden al conde de Monterey, virey de Méjico, de que hiciese poblar y fortificar los puertos de la California. Fué nombrado por el rey para esta expedicion Sebastian Vizcaino, hombre de mucho mérito, que á la afabilidad de genio unia la prudencia el, valor y la pericia naval. Acompañado este de cuatro religiosos franciscanos y de un gran número de buenos soldados, partió de Acapulco en 1596, llevando tres navíos bien provistos de todo lo necesario. Después de haber arribado á algunos lugares de la costa interior de la California y de haberlos abandonado luego por la esterilidad de su terreno, anclaron finalmente en un puerto situado á los 23° 30' ó poco mas, al cual le dieron el nombre de la *Paz* porque en él fueron recibidos pacíficamente por los indios. Habiendo desembarcado allí, construyeron algunas cabañas para su habitacion, y entre ellas una mas grande para que sirviese de iglesia, en la cual se comenzó desde luego á celebrar la santa misa, á que asistian algunas veces los bárbaros llenos de admiracion. Estos se acercaban sin temor á los españoles y les traian pescado, fruta y aun algunas perlas. Los religiosos procuraron irlos disponiendo al cristianismo dándoles buen ejemplo, manifestándoles benevolencia, acariciando á los chiquillos y regalándoles cuentas de vidrio y otras cosas semejantes que aprecian mucho los bárbaros; pero como en solos dos meses que allí estuvieron no era posible que aprendiesen la lengua del país, no sacaron el fruto que podia esperarse de aquella gente tan dócil y tan afecta á ellos. Entre tanto el general de aquella armada queriendo tener conocimiento de toda la costa que corre desde el puerto de la Paz hácia el Noroeste, hizo salir uno de sus navíos á reconocerla, ordenando á los que en él iban que no desembarcasen sino en aquellos lugares en que viesan á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente. Así lo hicieron, navegando como cien leguas á vista de la costa; pero habiendo saltado en tierra cincuenta hombres de los me-

jores de la armada en el último lugar que observaron, perecieron diez y nueve de ellos, parte matados por los indios y parte ahogados al querer tomar la chalupa para volver al navio, que estaba un cuarto de legua mas adentro. De aquí regresaron al puerto de la Paz, en donde hicieron saber al general lo muy estéril que era la costa que habían observado. Viendo este que no podía subsistir allí por falta de víveres, celebró una junta de oficiales, en la cual se resolvió abandonar la empresa de poblar aquellos lugares y volverse á Méjico con toda la gente á darle cuenta al virey del éxito del viaje, como efectivamente se hizo á fines del mismo año.

En 1599 recibió el mismo virey una orden urgente de Felipe III para que á expensas del real erario y sin reparar en los costos, equipase una armada y la mandase á las órdenes del mismo general Vizcaino, no ya á la costa oriental de la California como anteriormente, sino á la occidental. Ejecutado diligentemente por el virey todo lo que la corte le habia prevenido, salió Vizcaino de Acapulco el 5 de mayo de 1602 con dos navios grandes, una fragata y un barco longo para poder acercarse mas facilmente á tierra y observarla mejor. Llevó consigo tres carmelitas descalzos, uno de los cuales escribió un largo y minucioso diario de todo el viaje. Llegaron hasta el cabo Blanco de San Sebastian, situado á los 43° de latitud, y como navegaban contra el viento Noroeste, dominante en aquellos mares, é iban deteniéndose en sondear los puertos y reconocer la costa, emplearon nueve meses en un viaje que con viento favorable y sin detenerse en hacer observaciones, habrian concluido en un mes. El general hubiera querido continuar su navegacion hasta descubrir en el estrecho de Anian el término de aquella tierra; pero no le fué posible, porque apenas habia quien gobernase el timon y las velas; todos estaban gravemente enfermos de escorbuto: algunos habian muerto ya, y en los navios no se oian mas que plegarias al cielo, lamentos y gemidos causados por el vehemente dolor que la gente sufría. Obligados pues á retroceder por la necesidad, recorrieron en pocos dias la costa occidental de la península, y atravesando después la entrada del golfo, entraron en un puerto de las islas de Mazatlan situado á los 22½°, cerca de la provincia de Chiametla, desde donde el general despachó un correo á Méjico dando cuenta al virey del éxito de la expedicion y pidiéndole órdenes acerca de lo que debia hacer. Habiendo desembarcado en aquellas dos islas varios enfermos de la armada, hallaron casualmente la salud en una fruta llamada por los mejicanos *xocohuiztli*,<sup>1</sup> pues no solamente sanaron todos los que comieron de ella, sino que su curacion era tan pronta, que con una ó dos veces que la comiesen se

1 En Michoacan dan á esta fruta el nombre de *tumbirichi*, y los españoles de Méjico, acomodando á la len-

les quitaba la inflamacion de las encías arrojando la sangre dañada, y dentro de muy pocos dias quedaban perfectamente sanos; de modo que habiendo salido de allí por orden del virey, llegaron todos á Acapulco con buena salud. Al contrario, de los que no tuvieron la fortuna de comer de aquella fruta murieron cuarenta y ocho. De aquella molesta y dispendiosa navegacion no se sacó mas provecho que haber descubierto un antiescorbútico tan eficaz, y adquirido un conocimiento mas distinto de la costa occidental de la California.

El general Vizcaino, persuadido de lo útil que seria á la corona la adquisicion de aquella península, ofreció al virey que á sus expensas haria una nueva tentativa. Las ventajas que se esperaban no consistian solamente en la pesca de perlas, de cuya abundancia no se dudaba, y en los metales preciosos que se creia que habria en aquellos montes, sino tambien en que se evitaria que los piratas de las otras naciones de Europa se refugiasen en los puertos de la península como solian hacerlo, para salir de allí á hostilizar las costas y los navios españoles; y se hallaria un puerto cómodo en que los navios que vienen de Filipinas á Méjico hallasen auxilios en tan larga y penosa navegacion. Sin embargo, el virey no aceptó la propuesta de Vizcaino, porque temia que la desaprobase la corte, la cual parecia resuelta á tomar la empresa á su cargo. Marchó por tanto Vizcaino hasta la corte, á fin de pedir al rey mismo el permiso que solicitaba; pero habiéndosele negado, volvió pronto á Méjico con propósito de pasar en su casa tranquilamente el resto de sus dias. Mas apenas habia regresado, cuando en 1606 llegó otra nueva orden en que el rey mandaba que se buscara y poblara en la California un puerto cómodo que sirviese de escala á los navios de Filipinas, encargando la expedicion al mismo Vizcaino, y en caso que este hubiese muerto, al que en el viaje anterior habia sido su teniente. Vizcaino aceptó gustoso la comision, pero murió cuando estaba haciendo los preparativos, y la empresa se abandonó por algunos años á pesar de las órdenes urgentes de la corte.

En lengua española el nombre mejicano, le llaman *xocohuiztli*. En Guatemala y en otros países le nombran *piñuela*, porque la planta que la produce tiene las hojas semejantes á las de la piña. Su tallo tiene cosa de tres pies de largo y en él da la fruta formando un racimo como de plátanos pequeños, porque se parece mucho en el tamaño y en la forma á la especie mas pequeña de plátanos, aunque no en el color, pues tiene de una y media á dos pulgadas de magnitud, la pulpa blanca, la corteza del mismo color con algo de rojo, y el gusto de un agrídulce no desagradable.

## § IV.

TENTATIVAS QUE ALGUNOS HICIERON A SUS EXPENSAS. VIAJE FABULOSO DEL ALMIRANTE FONTE.

En 1615 el capitan Juan Iturbi obtuvo del virey permiso de ir á sus propias expensas á la California. Uno de los dos navios que equipó fué robado por un pirata europeo, y con el otro navegó en el golfo hasta la altura de 30°, en donde observó que cuanto mas se avanzaba hácia el N. O. tanto mas se aproximaban una á otra las dos costas, de lo cual podia inferirse la union de la California con el continente. Entre muchas perlas que en su regreso á Méjico trajo, parte pescadas por su orden y parte adquiridas de los californios en cambio de algunas cosas de poco valor, habia una que fué valuada en 4500 pesos. Esto reanimó, tanto en los particulares como en el gobierno, los deseos de que se conquistase y poblase aquella península, y desde entonces comenzaron muchos vecinos de las provincias de Culiacan y Chiametla á frecuentar el golfo en buques menores y á emplearse en el comercio de las perlas haciéndolas pescar y comprándolas á los californios, cuyo comercio enriqueció á algunos, de los cuales merece particular mencion don Antonio de Castillo, vecino de Chiametla. Con motivo de este comercio sufrieron los indios de la California mil vejaciones de parte de aquellos codiciosos pescadores; pero algunas veces supieron vengarse.

Habia algunos que solicitaban del gobierno el permiso de emprender á su propia costa la conquista de la California; pero ninguno le consiguió, á excepcion del capitan Francisco de Ortega, mas afortunado ó mas industrioso que los otros. Se embarcó este en una pequeña fragata en marzo de 1632, saltó en tierra en la península el 2 de mayo, y habiendo reconocido el país comerciando en perlas desde el puerto de San Bernabé hasta el de la Paz, volvió el mes siguiente á un puerto de Sinaloa, y desde allí dió cuenta de su viaje al virey. Parece que no le fué mal en esta negociacion, pues repitió sus viajes en los dos años siguientes con propósito de fundar una poblacion en la península, y con este fin llevó consigo dos sacerdotes que debian emplearse en la conversion de los indios, la cual le pareció muy fácil en atencion á su docilidad; pero al mismo tiempo halló por todas partes tanta esterilidad y tanta escasez de víveres, que se vió obligado á abandonar la empresa. Para vencer estos obstáculos y dar seguridad á los pobladores contra las tentativas de los indios, que habian aborrecido á los españoles á causa de las extorsiones que habian sufrido de los pescadores de perlas, propuso al virey dos proyectos tan oportunos, que si se hubieran puesto en obra, acaso se habria conseguido la empresa de la poblacion. El primero fué

que el presidio establecido en Acaponeta, puesto que allí no era ya necesario por hallarse muy tranquilos aquellos pueblos, se trasladase á la California, y el segundo que se formase en Méjico un capital para suministrarles lo necesario á los nuevos pobladores, mientras ellos mismos podian proporcionárselo con la agricultura y las artes de la vida social.

Mas en tanto que Ortega se esforzaba en inclinarse al gobierno á la ejecucion de sus proyectos, Estévan Carbonell, que habia sido su piloto en los viajes anteriores, fué facultado por el virey para llevar colonos á la California. Marchó efectivamente para allá, esperando hallar el terreno fértil en la parte setentrional; pero no habiéndole hallado, regresó á Méjico lleno de confusion, aunque por otra parte consolado con la adquisicion de algunas perlas.

Hacia este tiempo colocan varios autores ingleses al famoso viaje del célebre almirante Fonte, hecho, segun dicen, por órdenes del rey de España y de los vireyes de Méjico y del Perú, de Lima á la costa de California, y de allí á la extremidad occidental de la América; pero el tal viaje es una quimera, y la relacion que de él se publicó en Londres, es un tejido de fabulas mal urdidas y del todo insubsistentes, que adoptado inconsideradamente por L'Isle, Buache y otros geógrafos de nombre, ha dado ocasion á no pocos errores en las cartas de América.

## § V.

NUEVAS ÓRDENES Y TENTATIVAS.

En 1640 el marqués de Villena, virey de Méjico, dió orden á don Luis Cestin de Cañas, gobernador de Sinaloa, para que fuese á reconocer todas las costas de la California é islas vecinas, y consiguió que el provincial de los jesuitas enviase en su compañía un habil misionero. El motivo de que se repitiesen tantos viajes y á tanta costa, era que en vez de publicar los diarios y cartas geográficas de los primeros descubridores, las mandaban á España, en donde eran sepultadas en algun archivo, y así no podian aprovecharse de aquellas luces los que de nuevo se hallaban encargados de tales descubrimientos. Este viaje del gobernador de Sinaloa no sirvió mas que de confirmar lo que ya se sabia acerca de la abundancia de perlas de aquel mar, de la esterilidad del terreno de la península y de la docilidad de sus habitantes. A pesar de esto, el mismo virey hallándose en España, inflamó de tal modo los ánimos en la corte con sus relaciones para que de nuevo se emprendiese la conquista de la California, que el rey Felipe IV mandó á Méjico en 1643 al almirante don Pedro Portel de Casanate, con amplísimas facultades para formar armadas, conquistar y poblar la península, y hacer lo que mejor le pareciese á fin de reducir aquellos bar-

baros al cristianismo. El conde de Salvatierra, entonces virey de Méjico, obsequió en todo las órdenes de la corte y suplicó al provincial de los jesuitas diese al almirante dos misioneros que le acompañasen, como en efecto se verificó. Pero cuando la flota estaba para hacerse á la vela para la California, le quemaron los navíos seguramente algunos malvados enemigos suyos, y por este motivo se vió obligado á suspender el viaje hasta hacer nuevos buques. Llegó por fin á ir en 1648 con dos misioneros y un competente número de soldados, y observó exactamente toda la costa oriental buscando lugar á propósito para poner un presidio; pero habiendo visto que en todas partes era el terreno estéril, regresó á Méjico á manifestar al virey la dificultad de la empresa.

No fué bastante la experiencia de tantas expediciones infructuosas para que en la corte se dejase de pensar en la California, pues el mismo Felipe IV repitió orden de que se hiciese otra tentativa, comisionando para ella al almirante don Bernardo Bernal de Piñadero, bajo ciertas condiciones. Partió esta en 1664 con dos pequeñas embarcaciones; pero los que le acompañaban, en vez de hacer lo que debían, se dedicaron á la pesca de perlas, causando mil vejaciones á los californios y excitando entre sí mismos tales discordias, que muchos se hirieron y algunos fueron muertos. El almirante para quitar la ocasion de aquellos desórdenes, se hizo luego á la vela para volver á la Nueva España, en donde fué mal recibido del virey. En virtud del informe que este dió á la corte, la reina, que entonces gobernaba en nombre de su hijo Carlos II, mandó que se estrechase á Piñadero á que cumplierse todo lo que se habia obligado á hacer conforme al contrato celebrado con el difunto rey Felipe IV. Piñadero, no pudiendo menos, aprestó dos buques menores en el puerto de Chacala, de donde salió para la California en 1667; pero este viaje fué tan infructuoso como todos los demás.

No fué mas feliz el capitán Francisco Lucenilla, que en 1668 obtuvo del gobierno permiso para emprender un nuevo viaje. Dos padres franciscanos que llevó consigo se dedicaron con mucho celo y trabajo á la conversion de los californios; mas habiéndoles faltado los víveres, se vieron todos obligados á abandonar aquel país tan miserable.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En las notas á las cartas de Cortés publicadas en Méjico en 1770, se dice que *estos dos franciscanos penetraron fructuosamente por lo interior de la California, y que por no dejarles los jesuitas, se volvieron*. Esta es una grosera calumnia, pues todo el mundo sabe que entonces aun no habia jesuitas en la California y que estos no se establecieron allí sino treinta años después. Betanour, franciscano y cronista de los franciscanos, que entonces vivia en Méjico, dice expresamente que aquellos religiosos se vieron obligados á dejar la California por la escasez de víveres, y ninguno ha imaginado jamás lo que afirma el editor de las

## § VI.

## FAMOSA EXPEDICION DEL ALMIRANTE OTONDO.

En 1677 mandó Carlos II al virey de Méjico que enviase una nueva expedicion á la California. Fué encargado de ella el almirante D. Isidoro de Otondo y Antillon, quien habiendo hecho el convenio con el rey y fabricado dos navíos en el puerto de Chiametla, zarpó de allí el 18 de marzo de 1683 con mas de cien hombres. Entre ellos iban tres jesuitas destinados por la corte á la conversion de los indios; uno de estos jesuitas era el padre Eusebio Francisco Kino, natural de Trento, docto matemático y misionero muy laborioso, que obtuvo del rey el empleo de cosmógrafo mayor. Una balandra cargada de provisiones debia haber seguido á estos dos navíos, pero jamás pudo juntarse con ellos. Habiendo llegado después de catorce dias de navegacion al puerto de la Paz, no vieron en los primeros cinco dias ningun indio; pero luego que desembarcaron y comenzaron á formar su campamento, aparecieron á lo lejos algunos bárbaros armados y pintados de varios colores, como lo acostumbraban hacer para ir á la guerra, los cuales con clamores y señas daban á entender á los españoles que no los querian en su país, porque su natural mansedumbre estaba cansada de sufrir las vejaciones de los pescadores de perlas. Los españoles no quisieron moverse de su campamento; pero los tres misioneros se encaminaron hácia los indios con algunas viandas en las manos y procurando manifestarles que buscaban su amistad y no trataban de hacerles perjuicio. Habiéndose acercado á ellos un poco, pusieron en el suelo lo que llevaban y retrocedieron. Los bárbaros devoraron en un momento aquellas viandas y corrieron en pos de los misioneros pidiéndoles mas, hasta entrar con ellos sin temor alguno en el campamento: ¡tales eran su hambre y su sencillez! Lo mismo sucedió con otro grupo de bárbaros que apareció á los dos dias. Pasado este tiempo construyeron los españoles algunas cabañas, tanto para el culto divino como para su propia habitacion.

El almirante, queriendo adquirir conocimientos de lo interior del país, se introdujo por una parte con el padre Kino y veinticinco soldados, y por otra envió un capitán con otro misionero; pero se volvieron al campamento después de haber andado con mucho trabajo cosa de siete leguas, porque no habiendo mas que veredas muy estrechas para el uso de aquellos bárbaros desnudos, se veian precisados á abrir camino cortando árboles y tirando árboles con mucha fatiga. Los que marcharon con el capitán se encontraron con algunas tribus de coras, los cuales se les manifestaron tan pacíficos y amigables, que desde aquel dia en adelante venian con frecuencia al campamento, y á veces se quedaban á dormir en él, acostándose entre los soldados. El almirante por su lado se encontró con los guaiecuras propios, los cuales siempre armados y poco contentos de su llegada á aquel país, le amenazaron varias veces de venir sobre él con toda la fuerza de su nacion si no se retiraba de allí. Los españoles sufrían pacientemente tales insultos, esperando suavizar de esta manera la ferocidad de los bárbaros; pero el 6 de junio se dejaron ver cerca del campamento dos pelotones de guaiecuras que no contentos con sus aullidos y amenazas, asaltaron á mano armada la trinchera, y habrían sufrido el fuego de la artillería que los soldados iban á disparar, si el intrépido almirante saliendo de la línea no hubiera avanzado sobre ellos y con terribles gritos y grandes demostraciones de indignacion no los hubiera amedrentado hasta hacerlos volver la espalda y ponerse en precipitada fuga.

A pesar de esto, se acercaban después con frecuencia al campo, aunque no sin alguna desconfianza.

Por aquellos dias se habia desertado un marinero, el cual al principio se creyó que se habia ido con los guaiecuras para vivir entre ellos á su arbitrio; pero después se esparció el rumor de que estos le habian quitado la vida, y para comprobarlo se alegaba la deposicion de ciertos coras, que en realidad no era entendida. Creyendo el almirante aquel rumor y pareciéndole peligroso disimular semejante atentado, mandó prender al capitán de los guaiecuras un dia que estos vinieron, como solian, al campamento. Esto les causó mucho disgusto, y á pocos dias volvieron en pelotones á pedir la libertad del preso, y no habiéndola alcanzado, tomaron la resolucion de reunir todas sus fuerzas para exterminar á los españoles, y con este fin imploraron el auxilio de los coras, que aunque enemigos suyos, eran de su misma nacion; pero estos prometiéndose mas ventajas de su union con los españoles, les descubrieron el designio de sus paisanos. El almirante dobló las guardias y mandó situar un cañon hácia el rumbo por donde solian venir los guaiecuras. El dia que estos tenian señalado para el asalto, comenzaron á salir del monte uno á uno hasta catorce ó quince, y cuando ya estaban al alcance del cañon, fueron muertos diez ó doce y heridos los otros, por cuyo motivo el grueso de la tropa que estaba emboscada para asaltar oportunamente el campamento, se aterrorizó de tal modo, que se fueron á sus guaridas para no volver jamás. Estas hostilidades rotas inconsideradamente por el almirante, apartaron mucho de los españoles el afecto de los guaiecuras, y retar-

daron después su conversion, como adelante veremos.

Estos soldados españoles, muy distintos de los que conquistaron á Méjico, llegaron á acabarse tanto, temiendo que los guaiecuras hiciesen venir sobre ellos todas las naciones de la California, que no bastaban para alentarlos ni las reprehensiones del almirante ni las exhortaciones de los misioneros. Muchos de ellos pedian como desesperados que se les sacase de aquella tierra, aunque fuese para dejarlos en alguna isla vecina.

El almirante considerando que aquella inquietud podia llegar á convertirse en sedicion general y que de los pocos víveres que quedaban se habia echado á perder la mayor parte, se determinó por fin á condescender con las instancias de aquellos cobardes; mas para no alejarse mucho de la península, á donde tenia ánimo de volver, anduvo entreteniéndose en las islas adyacentes, esperando que pronto volveria de Sinaloa, como en efecto sucedió, uno de sus navíos que habia enviado á traer provisiones. Sin embargo, dispuso ir en persona á un puerto de la misma provincia de Sinaloa con el fin de proveerse mas abundantemente de todo lo necesario, y habiendo vendido allí gran parte de las mercancías que llevaba y empeñado su plata y joyas, volvió á la California, pero ya no al puerto de la Paz, sino á otro situado á unos 26° de latitud, al cual le puso el nombre de *San Bruno* porque arribó á él el 6 de octubre.

Después de haber hecho allí, como en el otro puerto, sus trincheras y construido sus cabañas, salió el almirante bien acompañado el mes de diciembre, y se internó en el país unas veintitantas leguas, tratando bien á los indios que encontraba, acariciándolos y regalándolos para atraerlos á su amistad y á la fe cristiana.

Mientras el almirante se ocupaba en este y otros viajes, los misioneros se dedicaron con mucho empeño á aprender las dos lenguas que allí se hablaban, y después de haber adquirido los conocimientos suficientes, emprendieron traducir á ellas la doctrina cristiana; pero no sabian cómo expresar el artículo de la resurreccion de los muertos, porque no hallaban palabras para significarle. Con el fin de hallarlas se valieron de este curioso expediente. Habiendo cogido algunas moscas y sumergídaslas en agua fria hasta que parecieron muertas, las metieron en ceniza y después las pusieron al sol para que con el calor recobrasen su movimiento. Al practicar esta operacion estuvieron muy atentos para observar y escribir las primeras palabras que los indios profiriesen viendo revivir las moscas, pues creian que aquellas palabras significarian la resurreccion. Pero se engañaron, porque la expresion que los indios profirieron y que después de algunas nuevas investigaciones se puso en el símbolo, fué esta: *Ibi-muhuet-ete*, la cual no expresa la resurreccion y